

instinto y se emparejaron. Gwynplaine no hubiera cambiado de rostro con el mismo Apolo, porque ser monstruo era para él la mayor felicidad.

Era tan feliz que compadecía á los hombres que le rodeaban. ¿Qué veía á su alrededor? ¿Qué eran los vivientes, que su existencia nómada le presentaba como muestras y todos los días se reemplazaban unos á otros? Nuevas multitudes y siempre la misma multitud. Nuevos semblantes y los mismos infortunios. Una promiscuidad de ruinas. Diariamente todas las fatalidades sociales formaban círculo alrededor de su felicidad.

La Green-Box era popular.

El precio ínfimo atrae á la clase baja, y acudian á ver al saltimbanqui los débiles, los pobres y los pequeños. Iban á ver á Gwynplaine como iban á beber ginebra, por comprar el olvido barato. Desde el teatro aquel pasaba revista al pueblo sombrío, y su espíritu se llenaba de las apariciones sucesivas de la inmensa miseria. La conciencia y la vida trabajan la fisonomía humana y era la resultante de una multitud de huecos misteriosos, en los que Gwynplaine veía las arrugas del sufrimiento, de la cólera, de la ignominia y de la desesperación. Aquellas bocas de niño no habían comido. Este hombre era padre; esta mujer madre, y detrás de ellos adivinaba familias perdidas. Tal rostro salía del vicio y entraba en el crimen, comprendiendo por qué: por ignorancia y por indigencia. Tal semblante presentaba el sello de la bondad primitiva, borrado por la fatiga social y convertido en odio. En la fisonomía de aquella vieja se veía retratada el hambre; en la de aquella joven la prostitución. Entre la multitud había muchos brazos, pero pocas herramientas; esos hombres querían trabajar, pero les faltaba el trabajo. Veía que cerca del obrero se sentaba un soldado, algunas veces inválido, y Gwynplaine leía en ese espectro la guerra. En unos semblantes leía la vagancia, en otros la explotación ó la servidumbre.

Gwynplaine sentía encima de él el pateo inconsciente de los poderosos, de los opulentos, de los grandes, de los favoritos de la suerte, y debajo de él distinguía el montón de caras pálidas de los desheredados; y se encontraba él con Dea, dentro de su felicidad, entre los dos mundos: arriba el mundo alegre y gozoso y que anda pisando al andar, y bajo el mundo sobre el que el otro marcha;

hecho fatal que indica profundo mal social: la luz estrellando la sombra.

¿Qué loco es el hombre dichoso y cómo sueña! Porque Gwynplaine era feliz, ideas absurdas le atravesaban el cerebro. Porque una vez socorrió á una niña, sentía la veleidad de querer socorrer al mundo. Nubes de sueños le oscurecían su propia realidad, y perdía el sentimiento de la proporción, hasta el extremo de decirse:—¿Qué podría hacerse por el pobre pueblo? Algunas veces hasta se lo preguntaba á sí mismo en voz alta: entonces Ursus levantaba los hombros y le miraba fijamente. Gwynplaine continuaba soñando.

—¡Si yo fuese poderoso socorrería á los desgraciados! Pero ¿qué soy? un átomo. ¿Qué puedo hacer? nada.

Ya lo hemos dicho: hacer reír es hacer olvidar, y es un bienhechor el que en el mundo puede distribuir el olvido.

## XI.

Gwynplaine está en lo justo y Ursus en lo verdadero.

El filósofo es un espía. Ursus, acechador del pensamiento, estudiaba á su discípulo. Nuestros monólogos dan á nuestra frente vaga reverberación, clara para la mirada del fisonomista; por eso comprendía Ursus lo que pensaba Gwynplaine. Un día que éste meditaba, Ursus, tirándole del brazo, le dijo:

—Observas y reflexionas demasiado sobre lo que no te importa. No tienes que hacer otra cosa que amar á Dea. Tu dicha se compone de dos felicidades: la primera consiste en enseñar el hocico á la multitud; la segunda en que Dea no lo pueda ver. No tienes derecho á la felicidad que gozas. Ninguna mujer que te vea la boca aceptará tus besos, y esa boca, que te dá la fortuna, y esa cara, que te proporciona la riqueza, no son las tuyas. Tú no naciste con ese rostro. Tú robaste esa máscara al diablo. Ya que eres tan repulsivo, conténtate con tu suerte. En el mundo existen dichosos de derecho y venturosos de chiripa. Tú eres feliz por chiripa. Estás en una bodega, en la que se encuentra presa una estrella, y esta estrella te pertenece; no pruebas á salir de la bodega y conserva tu astro, ya que eres una araña. Has cogido entre tu tela el carbunco Venus. Bien puedes estar satisfecho. Si deseas más eres un idiota. —Escúchame, que voy á hablarte en el lenguaje de la verdadera poesía: que coma Dea buenas tajadas de toro y chu-

letas de carnero y dentro de seis meses estará fuerte como una turca; cástate con ella entonces y tened un hijo ó dos, ó tres, ó una pollada. A esto es á lo que yo llamo filosofar. Tener niños es la gran cosa; mirales cómo se cogen del pecho á los seis meses, cómo se arrastran al año, cómo andan á los veinticuatro meses, ver cómo han crecido á los quince y quererlos á los veinte años, no hay alegrías superiores á éstas. Por haber carecido yo de ellas soy un bruto. El buen Dios, que es el primer autor de los más hermosos poemas y el primer hombre de letras, dictó á su colaborador Moisés la palabra *Multiplicaos!* Así lo dice el sagrado texto. Multiplicate, animal. En cuanto al mundo, es lo que es, y no te necesita para seguir yendo mal. No te ocupes de eso, que está fuera de tí. Deja tranquilo el horizonte. El cómico ha nacido para que le miren, pero no para mirar. ¿Sabes lo que hay fuera de tí? Los dichosos por derecho. Tú eres dichoso por calamidad, vuelvo á decirte. Tú eres el fullero de la felicidad de que ellos son los propietarios; ellos son legítimos, tú eres intruso, vives en concubinaje con la suerte, ¿Por qué deseas más de lo que tienes? Multiplicarse por medio de Dea debe ser muy agradable. Tanta felicidad parece que sea una estafa: los que en el mundo gozan de la felicidad por privilegio, desde su altura no ven con buenos ojos que vivan con tanto júbilo debajo de ellos. Si te preguntasen: Con qué derecho eres dichoso? no sabrías qué responder. Porque tú no tienes título y ellos sí. Júpiter, Alá, Vishnou, Sabaot ó cualquier otro se los firma para que sean dichosos. Témeles. No te inmiscuyas entre ellos, con la idea de que ellos se inmiscuyan contigo. ¿Sabes quién es el dichoso de derecho? Es un sér terrible, es el lord. Lee el *memento* que está escrito en las paredes de mi antigua choza, lee ese breviario de mi sabiduría y sabrás lo que es un lord. Un lord es todo lo que quiere y lo posee todo. Un lord es el que tiene, siendo joven, los derechos del anciano; siendo viejo, las envidiables conquistas de la juventud; si es vicioso, el respeto de las gentes honradas; si es perezoso, el mando de las personas de la corte; si es vago, el fruto del trabajo y el diploma de Cambridge y de Oxford; si es bestia, la admiración de los poetas; si es feo, la sonrisa de las mujeres; si es Thersita, el casco de Aquiles; si es liebre, la piel del león. No quiero decir con esto que un lord

haya de ser necesariamente ignorante, perezoso, estúpido y vago; quiero decir que si lo es, todo eso no le perjudica; al contrario. Los lores son príncipes. El rey de Inglaterra no es más que un lord, el primer señor de la señoría. Los reyes antiguamente se llamaban lores; el lord de Dinamarca, el lord de Irlanda, el lord de las islas. El lord de Noruega solo hace trescientos años que se llama rey. Lucius, el rey más antiguo de Inglaterra, le calificaba San Tellesforo de *milord Lucius*. Los lores son pares, esto es, iguales. A quién? Al rey. No cometeré el error de confundir los lores con el Parlamento. La Asamblea del pueblo, que los sajones, antes de la conquista, intitulaban *Wittenagemot*, los normandos, después de la conquista, la titularon: *Parliamentum*. Poco á poco fué despidiendo al pueblo.

Las cartas cerradas del rey, que convocaban á los Comunes, llamaban antiguamente *ad consilium nupendendum*, y ellas invitan ahora *ad consentiendum*: los Comunes hoy solo tienen el derecho de consentir. No tienen libertad más que para decir que sí. Los pares pueden cortar la cabeza del rey, pero el pueblo no. El hachazo que recibió Carlos I fué una usurpación del derecho de los pares, y por eso hicieron bien de poner en una horca el esqueleto de Cromwell. ¿De qué dimana el poder de los lores? De su riqueza. La prueba de que los lores poseen casi toda la Inglaterra está en el registro de los bienes de los vasallos, que mandó formar Guillermo el Conquistador y que custodia el canciller de la Hacienda. Es un libro voluminoso. ¿Sabes que fuí doctor doméstico en el palacio de un lord que se llamaba Marmaduke y que poseía novecientos mil francos de renta cada año? Puedes ir á alternar con semejante gente. Además, allí es necesario vivir siempre en guardia, porque allí reina el orden en todo. Los cazadores furtivos que se cogen son ahorcados. Por salir fuera del zurrón dos largas orejas peludas, he visto subir al patíbulo á un padre de seis hijos. A mí me gustan los lores, pero huyo de ellos; viví en casa de uno, y esto basta para haberme dejado buenos recuerdos. Me acuerdo de su castillo de Marmaduke por su admirable grandeza, por su hermosa simetría, por sus ornamentos y por todo lo demás de aquel notable edificio. Las casas, los hoteles y los palacios de los lores presentan un conjunto de lo más floreciente y magnífico del

reino. Me gustan esos señores y me alegro de que sean opulentos, poderosos y felices; yo, que vivo en la oscuridad, veo con placer ese pedazo de azul celeste que se llama un lord.

¿Sabes que lord Gray de Rolleston, que se sienta en el banco de los barones, posee en sus montes más árboles gigantes que cabellos tienes tú en esa horrible cabeza? ¿Sabes que lord Norreys de Rycott, conde de Abingdon, posee una torre cuadrada de doscientos pies de altura, en que está escrita esta divisa: *Virtus ariete fortior*, que parece querer decir: *La virtud es más fuerte que un ariete*, pero que dice: *¿El valor es más fuerte que una máquina de guerra?* Si; honro, acepto, respeto y reverencio á nuestros señores, porque los lores, con su majestad, trabajan para procurar y conservar los adelantos de la nación; su consumada ciencia brilla en las coyunturas difíciles. No quisiera que tuviesen la preferencia en todo, pero la tienen. Lo que se llama en España grandeza, se llama pairía en Inglaterra. Como había gentes que tenían motivo para encontrar el mundo miserable, Dios quiso probarles que sabía crear seres dichosos, y crió á los lores para desmentir á los filósofos; esta creación corrige á la anterior. El par, hablando de sí mismo, dice: *nos*; el par es plural. El rey califica los pares de *consanguinei nostri*. Los pares han establecido multitud de leyes sábias, entre otras la que condena á muerte al hombre que corta un álamo de tres años. Su supremacía es tal, que tienen una lengua para su uso particular. En estilo heráldico, el negro, que se llama polvo para el pueblo de los nobles, se llama *saturno* para los príncipes y *diamante* para los pares. Polvo de diamante y noche estrellada es el negro para los dichosos. Es satisfactorio para el pueblo tener veinticinco duques, cinco marqueses, setenta y seis condes, nueve vizcondes y sesenta y un barones, que forman un total de ciento setenta y seis pares, que unos lo son por gracia y otros por señoría. Después de esto nada significa que haya andrajos aquí y allá. Todo no puede ser oro. Hay andrajos, es verdad, pero también hay púrpura. Una cosa compra otra. Hay indigentes, si los hay, pero ellos guarnecen la felicidad de los opulentos, porque, vive Dios! los lores son nuestra gloria. La jauría de Cárlos Mohun, baron Mohun, cuesta tanto de mantener como el hospital de los leprosos de Mooregate y tanto como el hospital de

Cristo, fundado para niños en 1553 por Eduardo IV. Tomás Orborne, duque de Leeds, gasta cada año en libreas cinco mil guineas de oro. Nuestros lores son extravagantes y magníficos. Suprimir los lores sería una opinión que Orestes no se atrevería á sostener, á pesar de lo insensato que era. Decir que los lores son perjudiciales ó inútiles, es igual que decir que es preciso hacer cimbrear el Estado y que los hombres no fueron creados para vivir como rebaños y morder la yerba, para ser mordidos por el perro. El cordero esquila el prado, y el cordero es después esquilado por el pastor. Hay nada más justo? A esquilador, esquilador y medio. A mí todo me es igual, porque soy filósofo. Yo sé que Enrique Bowes Howard, conde de Berkshire, posee veinticuatro carrozas de gala, pero también sé que no las puede tener todo el mundo. ¿Por eso hay que hablar contra la opulencia? Tú tuviste frío una noche; ¿pero estás tú solo en el mundo? Otros tienen también frío y hambre. Sin el frío y la nieve de aquella noche Dea no sería hoy ciega, y si Dea no fuese ciega, no te amaría. Si todos los desgraciados que hay esparcidos por el mundo se quejasen, éste sería una batahola. El silencio es el orden. Estoy seguro de que Dios manda á los condenados que se callen, porque si no lo hiciesen así, Dios sería entonces el condenado á oír un grito eterno. La felicidad del Olimpo estriba en el silencio del Cocito. Por lo tanto, pueblo, cállate. Yo hago más, apruebo y admiro. Acabo ahora mismo de enumerarte los lores, pero me faltó añadir á ellos dos arzobispos y veinticuatro obispos.—Lord Marquise, mi señor, era lord gran tesorero de Irlanda y alto senescal de la soberanía de Knaresburg, en el condado de York. El lord supremo chambelán, que es oficio hereditario en la familia de los duques de Ancaster, viste al rey el día de su coronamiento, y recibe por este trabajo cuarenta anas de terciopelo carmesí y además la cama en que el rey acabó de dormir. El más antiguo vizconde de Inglaterra es sire Robert Brent, que hizo vizconde Enrique V. Los títulos de los lores indican soberanía de una tierra, exceptuando al conde de River, que tiene por título el apellido de su familia. Hasta el mismo clero realza á los lores; el obispo de Man es vasallo del conde de Derby. Los lores poseen animales feroces que ponen en su escudo de armas. Como Dios no ha cria-

do bastantes, ellos inventan otros. Han creado el jabalí heráldico, que está sobre el jabalí ordinario, como éste sobre el puerco y como el Señor sobre el sacerdote. Han creado el grifo, que es el águila de los leones y el león de las águilas. Poseen el unicornio, la serpiente, la salamandra, la tarasca, el dragón y el hipógrifo. Todos esos animales, que nos horrorizan, les sirven á ellos de ornamento y de adorno. Tienen su casa de fieras, que llaman blason, en la que rugen monstruos desconocidos. Hace prodigios su orgullo; su vanidad está llena de fantasmas, que se pasean en ella como en noche sublime, con cascos, corazas y espuelas, empuñando el bastón de mando y diciendo con voz grave: Somos los antepasados. Los escarabajos se comen las raíces y las panoplias se comen al pueblo. Por qué no? ¿Hemos de cambiar nosotros las leyes? La forma es parte integrante del orden. Hay un duque en Escocia que galopa treinta leguas sin salir de sus posesiones. El lord arzobispo de Canterbury tiene un millón de francos de renta anual. Su majestad tiene cada año setecientas mil libras esterlinas de dotación en la lista civil, sin contar con que posee castillos, bosques, dominios, feudos, prebendas, confiscaciones y multas, que dan más de un millón de libras esterlinas. El que no esté contento de esto, es difícil de contentar.

—Sí, murmuró Gwynplaine pensativo; del infierno de los pobres se forma el paraíso de los ricos.

## XII.

Ursus, poeta, arrastra á Ursus, filósofo.

En seguida entró Dea, y Gwynplaine fijó en ella la mirada y no se acordó ya de nada más. Así es el amor: puede invadirnos durante algunos momentos la obsesión de un pensamiento cualquiera, llega la mujer querida y ésta hace desvanecerse bruscamente todo lo que no es su presencia, y acaso quizás en nosotros hace desaparecer un mundo.

En el *Caos vencido*, la palabra *mónstruo*, dirigida á Gwynplaine, desagradaba á Dea. Algunas veces la alteraba, cambiándola por otra más suave. Ursus toleraba, aunque no sin impaciencia, que se alterase el texto. De buena gana hubiese dicho á Dea, como en nuestros días Moessard á Visot: *No tienes respeto al repertorio.*

TOMO I.

*El hombre que ríe.* Bajo esta forma Gwynplaine había adquirido celebridad. Su nombre, casi ignorado, desapareció tras dicho epíteto burlesco, lo mismo que su rostro tras su máscara; máscara era también su popularidad.

Sin embargo, se leía su nombre en un largo escrito pegado á la parte alta de la Green-Box, que era un cartel redactado por Ursus para conocimiento del público. Decía de este modo:

“Aquí se verá á Gwynplaine, que fué abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de Enero de 1690, por los malvados comprachicos, á la orilla del mar, en Portland; que creció y se hizo hombre, y hoy le llaman

EL HOMBRE QUE RIE.”

La existencia de los saltimbanquis era la vida de los leprosos en un hospital y la de los dichosos en una Atlántida.

Todos los días experimentaban el brusco tránsito desde la exhibición pública y ruidosa, á la abstracción y soledad más completas. Todos los días salían al mundo: eran como muertos, que se iban para reaparecer al día siguiente. El comediante es un faro que sufre eclipses; primero aparición, después desaparición, y solo existe para el público como fantasma y claridad en esta vida de fuegos fatuos.

A la vida pública sucedía el encierro. En cuanto terminaba el espectáculo, mientras que el auditorio se disolvía y el tumulto de satisfacción se disipaba, dispersándose por las calles y plazas, la Green-Box levantaba su panneau, como una fortaleza su puente levadizo, y cortaba su comunicación con el género humano. Quedaba á una parte el mundo y á la otra el carromato, y en éste quedaban la libertad, la conciencia tranquila, el valor, la abnegación, la inocencia, el amor y la felicidad.

La ciega, que veía, y la deformidad, que amaba, se sentaban juntos, estrechándose las manos, rozándose las frentes y hablando en voz muy baja.

El compartimiento del centro servía para dos objetos: para el público, de teatro, y para los actores, de comedor.

Ursus contaba el dinero que entraba en caja cada noche y después cenaban. Para el amor todo es ideal, y beber y comer juntos, cuando se ama, admite tiernas promiscuidades furtivas, que hacen que un bocado se convierta en un beso. Se bebe la cerveza ó el vino en el mismo vaso. Gwynplaine servía á Dea,